

Cambio demográfico y desigualdad

La reducción de las tasas de natalidad de la población es uno de los fenómenos característicos de los procesos de desarrollo y crecimiento observados durante el último siglo. Tal tendencia se explica por el progreso económico, social y sanitario de las naciones. En el caso de Chile, las cifras del Instituto Nacional de Estadísticas dan cuenta de este fenómeno. Mientras en 1962 la tasa de natalidad era de 37,5 por cada mil nacidos, en 1982 alcanzaba los 23,4 y en el 2012 llegó solo a 14. Contraparte de este proceso, también el resultado del progreso, es el envejecimiento de la población. Con todo, las proyecciones demográficas indican que durante la siguiente década de diez habitantes del país dos serán mayores de 60 años. La proporción continuará su ascenso de ahí en adelante.

Esta profunda transformación —la combinación de una menor natalidad y el aumento de la esperanza de vida— plantea importantes desafíos en materia de política pública. A modo de ejemplo, se requiere con urgencia buscar e implementar mecanismos que incentiven y faciliten la permanencia de las personas en etapa de vejez en la fuerza laboral. Del mismo modo, el envejecimiento poblacional hace cada vez más urgente reducir el déficit de infraestructura, particularmente la hospitalaria, para atender la creciente demanda de los adultos mayores. Es de esperar que la decisión de reincorporar la modalidad de concesiones a la construcción de este tipo de obras, a todas luces un paso en la dirección correcta, también genere avances en esta dimensión. El conjunto de medidas puede aliviar las consecuencias sobre la desigualdad en la calidad de vida de un porcentaje importante de la población.

Una reciente investigación del **Centro de Estudios Públicos (CEP)** analiza con cifras nacionales otro importante fenómeno demográfico observado en el mundo desarrollado: la brecha en la cantidad de hijos entre las mujeres más y menos educadas se ha reducido significativamente durante las últimas décadas. Lo anterior, a pesar de que las mujeres con menor nivel educa-

cional se están convirtiendo en madres a una edad cada vez más temprana.

Las consecuencias de este último fenómeno sobre la desigualdad no deben obviarse. La literatura nacional e internacional ha documentado los significativos efectos negativos que tiene la maternidad temprana sobre las perspectivas laborales de las mujeres. Ante esto, es necesario diseñar e implementar políticas públicas que no solamente creen conciencia sobre las responsabilidades asociadas a la maternidad adolescente, sino también permitan mejores resultados profesionales entre mujeres. Y, por cierto, el rol de los padres también merece atención, particularmente en una sociedad fun-

dada sobre el concepto de familia y que poco a poco ve diluir la influencia de un histórico machismo.

Ante esta realidad, la interacción entre la maternidad temprana y la progresión escolar-académica también es un ámbito que puede ser considerado como mecanismo de prevención. Un sistema escolar que entregue las capacidades y habilidades básicas para acceder a instituciones de educación superior de calidad puede crear los incentivos para que adolescentes pertenecientes a los segmentos más vulnerables posterguen la maternidad.

Así, es plausible que medidas que tengan como principal foco aumentar la calidad de la educación ejerzan efectos sobre otras dimensiones del comportamiento humano, como es la maternidad. Por de pronto, la evidencia respecto del impacto que tuvo la extensión de la jornada escolar en Chile así lo demuestra. Todo esto puede contribuir a reducir las consecuencias indeseadas que tienen tanto las tendencias demográficas globales como los fenómenos particulares que afectan a las mujeres jóvenes en Chile. Lo importante es actuar con premura. La maternidad adolescente tiene efectos intergeneracionales, típicamente ejemplificados con un creciente número de abuelas de 30 años. Así, no solo debe atenderse la desigualdad que enfrentará la joven madre, sino las circunstancias que afectarán a sus descendientes.

Es plausible que medidas que tengan como principal foco aumentar la calidad de la educación ejerzan efectos sobre otras dimensiones, como es la maternidad.